

CRÍTICA DE LIBROS

NUEVA FASE DE LA POLÍTICA NORTEAMERICANA *

FRANCISCO CUEVAS CANCINO,
del Colegio de México

Tarea aterradora es en verdad encarar los grandes problemas que confronta una de las grandes potencias al iniciarse la séptima década de nuestro siglo. Si pertenece, como los Estados Unidos, al mundo occidental, destacan sobre el encrespado horizonte de sus relaciones internacionales estas grandes siluetas: la de la cohesión y fuerza propia de la nación; la estrecha ligazón con otros países de similar ideología; la de las relaciones con las nuevas comunidades que ansiosas de independencia y ayunas de poderío, aparecen a granel en Asia y África; la solidaridad regional, que en el caso se declina como la identidad de directivas políticas con los demás países del Hemisferio Occidental; la de la ayuda económica a los muchos estados insuficientemente industrializados; el apoyo y el abastecimiento militares a países que pueden caer en la órbita comunista; la pronta solución de problemas especiales —por su sentido crítico—, como la hostilidad árabe-israelí, indo-paquistana, franco-argelina o el de la partición alemana; la de la corrección de legados de políticas pasadas, como el de la existencia de un gobierno chino en Taiwán. Muchos son, y muy complejos. Pero sobre ellos campea, indisputado y atemorizante, el de la revolución en los armamentos —proveniente del descubrimiento de la explosión nuclear y fisiónuclear— y el consecuente cambio en el carácter de la guerra; ésta, por definición, no puede ya llamarse un arma más dentro del arsenal que cada país tiene para conducir a buen fin los propósitos de su política nacional.

Todos estos problemas los encara Finletter en su libro. Consiste en una nueva edición, puesta al día, de un volumen que publicara en 1958. El autor fue secretario norteamericano de la Defensa en el gabinete del Presidente Truman. Y bien armado de su experiencia, rico en opiniones producto de larga

* Thomas K. FINLETTER, *Foreign Policy: the next phase, the 1960's*. Council of Foreign Relations, Harper, New York, 1960.

meditación y de comprobada viabilidad, se lanza impertérrito por entre el tremendo conglomerado.

La lectura es fácil; el estilo llano y agradable; los conceptos preñados de consecuencias. Tal parecería, a no vivirlo, que se está en presencia de un cuadro surrealista. Por encima de todo lo hecho por la humanidad, de lo logrado por los medios civilizados, sobresale la amenaza de la guerra nuclear. Buen número de pensamientos dedica el autor a esta posibilidad que como espada de Damocles se cierne constante sobre nosotros. Lo grave es que una y otra vez se la considera como posible: capaz de iniciarse por accidente; inevitable si se adelanta demasiado la carrera armamentista entre las grandes potencias; prerequisite para que alguno de los grandes países ahora en plena revolución alcance el lugar que cree le corresponde entre las demás naciones del orbe. Siempre presente está en su obra este peligro que procura desvanecer; al efecto sugiere a los Estados Unidos que continúen armándose para negociar desde una posición de fuerza (aunque precisa confesar que no usa tal expresión); que acepten la imprescindible necesidad de aumentar los gastos militares, materia en la cual propone un aumento, de los cuarenta y cuatro mil millones de dólares actualmente gastados por el gobierno estadounidense, hasta la de setenta y cinco mil millones anuales; que establezcan un sistema de defensa civil que corresponda a lo que él cree son las realidades del momento; que edifiquen una fuerza de réplica nuclear capaz de infligir al probable adversario —que por definición descargará un albazo— tremendas e insoportables pérdidas; que se continúe, a doble tiempo, en fin, todo el programa militar extranjero de su país.

Nos dice Finletter que éstos son requisitos previos para lograr la paz. *Vis in pacem per pacem*, es su divisa. Pero hay un no sé qué de contradictorio en toda su argumentación; un sí sé qué de falaz en esta constante persecución del equilibrio por medios que el autor reconoce como los menos idóneos para dar tranquilidad al actual conglomerado de naciones.

Una es la pregunta total en nuestro tiempo. Al autor parece escapársele. Si en vano ha buscado el mundo la paz en las armas y en equilibrios militares, ¿no podríamos suponer que ello se debe a que la paz estriba en métodos diferentes, esencialmente diferentes? Para un hombre de sus antecedentes y de su filosofía política, hallarlos es pedirle lo imposible. Se pasma en efecto ante las grandes fronteras que, descarnadas, le parecen inermes presas para el agresivo gobierno de la República Popular China (p. 183). Quizá lo sean; sin embar-

go, también pudiera ser que aquellos gobiernos que norman la conducta de pueblos de milenaria sapiencia estén más cerca de la verdad. Si les es imposible competir, en cuanto a armamentos, con un poderoso vecino, lo sensato es rehusar la competencia en esa y desfavorable liza. De nada servirá arruinar a todo un pueblo en la vana persecución de una sombra de equilibrio. De nada serviría —para emplear el símil de Torres Bodet— empeñarse en colocar pesadas armaduras sobre cuerpos exangües. La sapiencia estriba en negarse a participar en tal competencia, como de hecho y al menos respecto a los Estados Unidos, lo habían hecho los pueblos latinoamericanos. En esa aparente inermidad se encierra mayor fuerza que en la competencia armamentista más cerrada.

El autor se pronuncia decididamente por la paz. Una y otra vez reitera que el interés fundamental de los Estados Unidos estriba en consolidar la paz. Desea que su país así lo diga, que sea por todos conocido, que sea por todos respetado. Que no haya duda que los Estados Unidos consideran la paz como congénita a su política exterior y, en consecuencia, también el desarme. Tiene la honradez de hacer ver que éste no ha sido el caso en los últimos años; que aún el año pasado —e incluso éste de 1960— los soviéticos han demostrado mayor franqueza y han hecho proposiciones más consecuentes con objetivos de desarme universalmente aprobados.

Finletter cree que, a partir de 1954, su país se encuentra en peligro militar frente a la U.R.S.S.. Entonces, nos dice, se perdió la supremacía en armas nucleares que poseían los Estados Unidos. Y, sin embargo, no hallamos por parte de este gobierno —cosa que el propio autor reiteradamente confirma— ninguna visión de conjunto, ningún propósito claro y constante de hacer ver sus deseos de paz y de desarme.

Nuestro autor, a fuer de buen demócrata, atribuye esta infortunada situación a errores de la administración Eisenhower. Evita, sin embargo —tal vez por imposibilidad mental—, adentrarse en el problema mismo. Éste estriba en que los Estados Unidos se hallan presos en la serie de conceptos que dieron origen a su propia grandeza y la encaminaron. El sistema estatal, en la selva internacional en donde el gran estado tenía que ver con todo y con todos; el complejo de la gran potencia, incapaz de aceptar otra u otras que la superen; la superioridad militar como indispensable arreo de la grandeza nacional. Y si en Finletter hallamos mucho de constructivo, no esperemos que se aparte de estos presupuestos congénitos al pensar político de su país y de su época.

Hay desde luego contradicciones. Se nos ha dicho, por

ejemplo, que los Estados Unidos y sus aliados descansan en las armas nucleares para contrarrestar la superioridad que en otras ramas tiene la URSS y los suyos. Mas si ahora se reconoce que esta superioridad ha desvanecido desde 1954, ¿no es hora de ensayar nuevos conceptos? A juicio del autor, no; se empeña en aconsejar una triplicación, una decuplicación de las mismas medidas. Antes no había coincidencia porque el adversario era inferior; ahora no la hay porque es superior. Y así seguiremos. Por lo que apenas cabe, a fuer de ciudadanos de una pequeña potencia que se honra en su dignidad y en sus principios, exclamar con los antiguos filósofos: *¡Sancta mediocritas!*

Tratemos de otros aspectos de la obra que examinamos. Porque hay más que juicios alrededor de la omnipresente amenaza de la guerra nuclear. Examina todos los problemas que en un principio acotamos. Con frecuencia sus opiniones son lúcidas, a veces cabalmente redondas. Otras, en cambio, reitera prejuicios que fueron los de la administración en la que colaboró.

Casi tan omnipresente como el problema del desarme se revela el futuro de la China. Una y otra vez (p. 20 s., 29, 34-5, 53-9, 68-9, 71-2, 94-5, 121-8, etc.) Finletter se pregunta sobre el sentido de la revolución china, sobre su causalidad en los grandes acontecimientos de hoy, de los que se le supone ausente; sobre la imprescindible necesidad de contar con ella para un programa integrado de desarme; sobre su intervención en África y en Latinoamérica; sobre el problema fundamental que, en cuanto a su reconocimiento, presenta para la próxima administración estadounidense. Aquí observamos esos pruritos de la gran potencia a que antes nos referimos. Para él, el reconocimiento de China sólo puede pensarse dentro de condiciones que impondrán los Estados Unidos: arreglo global; limitación de su influencia en las Naciones Unidas; promesa por parte del gobierno de Pekín de abandonar toda empresa bélica; compromisos por parte de ese mismo gobierno de trabajar de consuno con el resto del orbe (pp. 195-200). Esta tesis del reconocimiento condicional ha sido siempre gravísima falla de los gobiernos de Washington. No sólo van en contra de la doctrina internacional, sino de sus propios intereses. Una y otra vez han negociado, en condiciones particularmente onerosas, tratados con países o gobiernos mal constituidos; siempre han obtenido papeles mojados y carretadas de mala voluntad. Pero Finletter sigue empeñado en ello. Desconoce, incluso, que si tal momento existió, hace mucho se perdió en el pasado. Porque la República Popular

China y su revolución constituyen uno de los grandes acontecimientos de nuestro siglo. Y la "gran marcha" de sus dirigentes, uno de los grandes momentos épicos de nuestra época. Con República y Revolución se podrá sin duda negociar; pero jamás pretender imponerle condiciones para reconocer lo que no necesita reconocerse; simplemente ya es.

Además de la revolución china y de la de los armamentos, nuestro autor reconoce la soviética y la anticolonial como los cuatro grandes momentos históricos de nuestro siglo. En su estudio de la revolución anti-colonial encontramos oportunos juicios. Consisten los más importantes en las conclusiones siguientes: los Estados Unidos no deben actuar unilateralmente; no deben seguir dentro de los exclusivos lineamientos que les dictan políticas militaristas; tienen la obligación de ayudar a todos esos estados que luchan por consolidar su autonomía y por hacer que el fruto de la libertad política sea el bienestar económico. Señala que para los Estados Unidos existen, en este terreno de la ayuda económica internacional, tres caminos: el de una ayuda integral, como lo fue la del plan llamado Marshall; el de auxiliar a los países, en cierto momento y en forma adecuada, como medio de ganar una batalla económica internacional; y el de auxiliar al desarrollo económico de todos los no industrializados. En este último caso sus opiniones son ilustradas y justas. Esta ayuda —dice Finletter, que cita con aprobación a Lillenthal— se funda en el hecho de que los Estados Unidos son ricos y que otros países no tienen con qué alimentar a su creciente población.

Cometeremos un error si procuramos identificar, en términos precisos, las ventajas que esperamos de tal política. . . Esos beneficios que obtendremos serán negativos, en cuanto que es más lo que perderíamos de no seguir tal política, que lo que ganaríamos siguiéndola. . .

Los grandes imperios del pasado se fundaron, no sobre las armas, sino sobre grandes ideas. El pensamiento anterior es justo y debemos elogiarlo. Mas no podemos menos de observar que no encierra en sí ninguno de los elementos de la grandeza. Pudiera decirse que el país rico presta ayuda al pobre para permitirle elevarse hasta los valores permanentes de lo bueno y lo justo, o los sociales del bienestar y de la paz; que la presta por un sentido humano integérrimo; porque no puede ser feliz sabiendo que existen hombres que mal pueden, incluso, dejar de tener hambre. Nada de esto apunta Finletter. El hedonismo —ilustrado, es verdad— sigue asomando sus largas orejas. Y puesto que los Estados Unidos

ayudan lo mismo a países que son miembros del sistema occidental como a los que no lo son, ni siquiera queda la excusa de decir que constituye un arma para salvaguardar la democracia liberal.

Es además posible que los Estados Unidos, incluso, den esta ayuda y que la den sin trabas. El enfoque de Finletter, de que sean los donatarios bajo forma de consejos regionales, quienes la administren, merece cálidos elogios. Aunque será siempre una ayuda que se recibirá sin agradecimiento y que se reembolsará con desprecio. También en el campo internacional toda dación debe principiar por el respeto que el dador se tiene, y el que tiene por el que recibe la dación.

La opinión norteamericana sobre el futuro del Asia y del África ha despertado considerablemente. En cuanto a Latinoamérica, puede decirse que sigue un proceso inverso. A veces se la considera como parte de Occidente, sin ver que nada tiene en común con los países que forman, por ejemplo, la OTAN. Otras se la incluye como parte de las naciones que sufren la revolución anti-colonial. Pero en este caso la silueta resultante encarna en forma asaz imprecisa. El porqué países independientes en lo político desde hace más de cien años se hallan codo a codo con aquellos que alcanzaron recién, o apenas hoy, su independencia, no se analiza; y si se ignora la premisa que Latinoamérica fue la víctima del sistema occidental —y no parte de él— mal se puede llegar a conclusiones felices. Finletter no es la excepción. Las referencias a Latinoamérica son pocas (pp. 37, 39, 130-1 principalmente). De ellas no se desprende un cuadro preciso; más bien uno desdibujado. Se aconseja a los Estados Unidos actuar en forma regional; pero las actuaciones unilaterales (Guatemala) merecen los elogios del autor. Se percata Finletter de la crisis económica que nuestros países sufren; pero parece creer que las medidas tomadas por el Banco Interamericano e instituciones similares serán suficientes. Y el Escila y Caribdis por entre los que pasa el sistema interamericano se tratan por medio de grave e ininterrumpido silencio. Para Latinoamérica también sería de aplicarse la fórmula que Finletter ofrece a los pueblos de Asia y África (pp. 129-30): un nuevo tipo de alianza, “una alianza que no será militar, que no será escrita, pero que permanecerá viva por medio de la común devoción a la libertad y a los derechos humanos, y a una condenación general de la guerra”.

Las líneas anteriores mencionan algunos de los muchos y complejos análisis que esboza el autor. Otros juicios, oportunos y agudos, se encuentran en los ocho capítulos que com-

ponen el volumen. La acuciosidad distingue a Finletter y su deseo de ofrecer una pauta completa a la nueva administración que acaba de tomar las riendas en Washington, no tiene límites.

Sería injusto que esta crítica dejara una impresión totalmente negativa. Finletter actúa como hombre patriota y de valor. Mucho de lo que nos dice constituye una necesaria etapa por la que habrá de pasar la política exterior estadounidense si ha de salir de la engañosa rutina en la que se ha visto sumergida de tiempo atrás. También sería injusto que no advirtiéramos, desde sus presupuestos, que sus conclusiones son liberales y avanzadas. El desarme lo deseamos todos; pero una cosa es predicarlo desde estas líneas, otra ponerlo en ejecución. La segunda Guerra Mundial estalló, precisamente, por el pacifismo y el desarme que imprudentemente adoptaron las potencias occidentales. Ahora las tensiones provienen de que se teme una repetición de lo ocurrido en los treinta, y nadie se atreve a desarmar sin estar seguro de que el contrario no obtendrá, por ello, ventajas. ¡Curioso sino de nuestra humanidad, siempre preocupada por evitar el pasado!

Para la salvación o la pérdida del orbe los Estados Unidos se han despojado de su pretérito aislacionismo; aislacionismo que fue la marca de su nacionalidad. En el momento histórico más peligroso —como apunta el autor (pp. 55-6), bien que sin añadir que este cambio constituye otra de las grandes revoluciones de nuestra época— los Estados Unidos toman sobre sus hombros aquellas responsabilidades mundiales que otras y cansadas potencias abandonaron. En escasos quince años se transforman, del coloso tímido que no quería ver más allá de América, en el poder imperial por excelencia. Grande el cambio, grandes las consecuencias, grandes han de ser las responsabilidades. Finletter termina con una nota de vigoroso optimismo: La situación es tal que el país sólo puede elevarse hasta la grandeza. Otra posibilidad hay. Pero ésa ni siquiera podemos considerarla. Y por el bien del orbe futuro y la conservación de todos aquellos valores espirituales que nos son comunes, asentimos gustosos ante conclusión semejante.